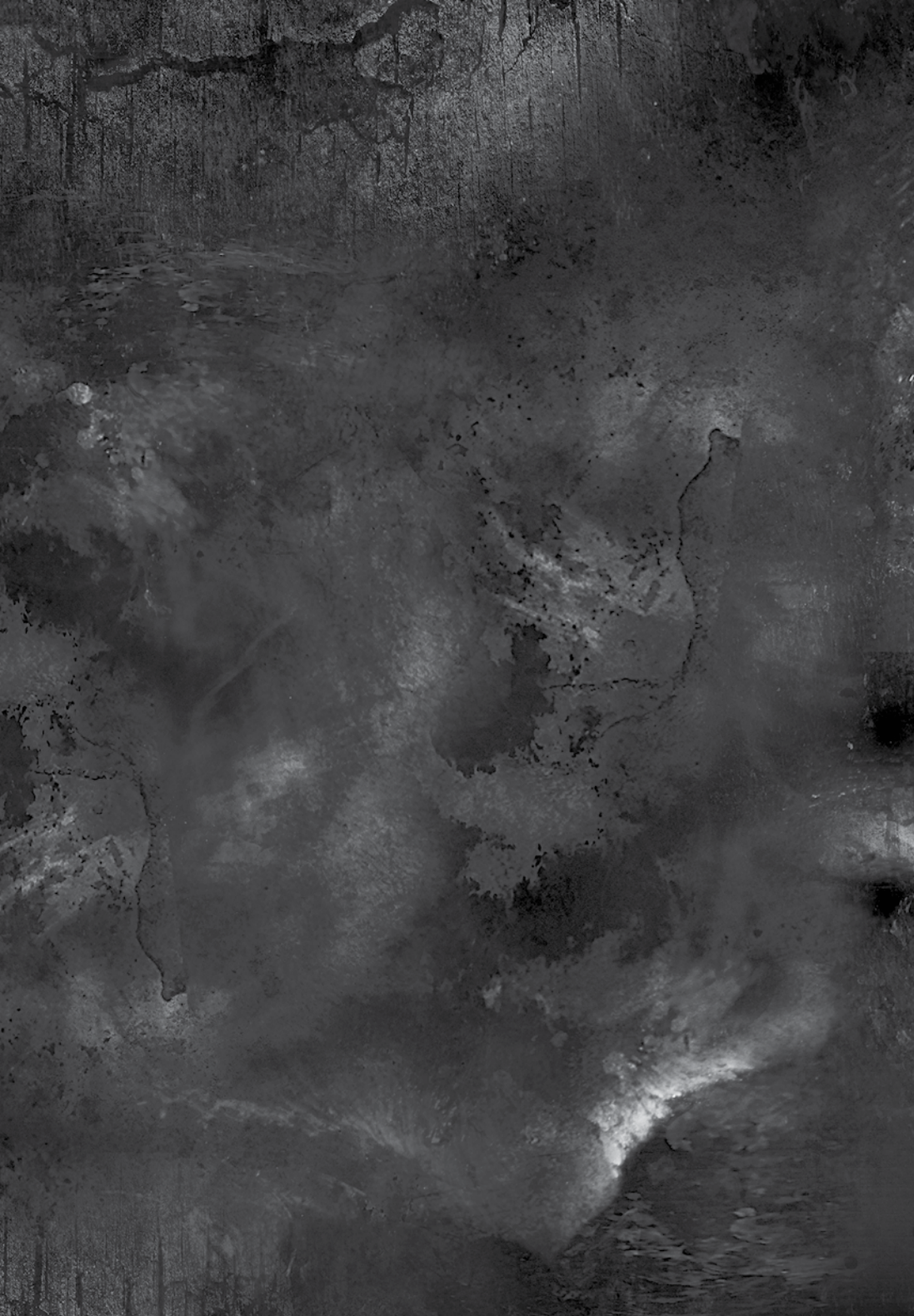


PARTE I





# LA MUJER BLANCA



1902: Nueva York

La mujer blanca se estaba muriendo y no había nada que Cela Johnson pudiera hacer al respecto. Cuando se acercó al bulto de harapos y suciedad en la esquina, se le arrugó la nariz. El olor a sudor, orina y a algo que parecía estar en descomposición se sentía en el aire con intensidad. Era la descomposición, su madurez dulce, lo que le hizo saber a Cela que la mujer no sobreviviría la semana. Quizás ni quisiera esa noche. Sentía como si la Muerte misma ya hubiera llegado a la habitación y estuviera sentada esperando el momento indicado.

Cela deseó que la Muerte se apresurara. Su hermano, Abel, llegaría a casa la noche siguiente y si llegara a encontrar a la mujer en la casa, haría un escándalo.

Había sido condenadamente estúpida por acceder a albergar a la mujer, no podía comprender qué la había poseído para que aceptara el pedido de Harte Darrigan dos noches atrás. A Cela le caía bien el mago —era una de las pocas personas del teatro que se molestaba en mirarla a los ojos cuando le hablaba— y supuso que estaba en deuda con él por haberle hecho ese traje

azul a Estrella a sus espaldas. Pero definitivamente no le debía lo suficiente como para estar lidiando con su madre drogadicta.

Pero Harte siempre había sido demasiado hábil para su propio bien. Era como las piedras de fantasía que usaba para los trajes de los artistas: para la audiencia, sus creaciones brillaban como si estuvieran cubiertas de gemas preciosas, pero eso era solo humo y luces. Sus prendas podían estar bien confeccionadas, costuras rectas y puntadas bien hechas, pero los brillos y los destellos no tenían nada de real. De cerca, podías darte cuenta fácilmente que las piedras no eran nada más que vidrio pulido.

Harte era un poco así. El problema era que la mayoría de la gente no podía ver más allá del brillo. Aunque, a decir verdad, no debería pensar tan poco caritativamente de los muertos.

Se había enterado de lo que sucedió en el puente de Brooklyn ese día. Harte había intentado un truco tonto y terminó saltando hacia su muerte. Lo que significaba que no volvería a buscar a su madre, como le había dicho que haría.

De todos modos... por más que Darrigan haya tenido un aspecto impecable en la superficie, como las puntadas rectas y distanciadas a la perfección de sus trajes, había algo debajo de la superficie que era fuerte y auténtico. Cela lo sospechaba hacía tiempo, pero lo confirmó cuando apareció en la puerta de su casa, con la mujer harapienta en brazos como si fuera un valioso cargamento. Supuso que ahora debía cumplir su última voluntad y acompañar a su madre mientras cruzaba al otro lado.

Dos días atrás, la mujer había estado envuelta en un sueño por opio tan profundo que nada podría despertarla. El vino con láudano que había dejado Harte duró menos de un día, pero el

dolor de la mujer persistió por más tiempo. Al menos ahora parecía estar tranquila.

Suspirando, Cela se arrodilló al lado de ella con cuidado de no ensuciar demasiado su falda con el suelo de su sótano. La mujer no estaba durmiendo como Cela había pensado en un principio. Sus ojos estaban brillantados, clavados en la oscuridad del techo y su pecho se inflaba y caía erráticamente.

Los rastros húmedos en su respiración superficial confirmaron las sospechas de Cela. La madre de Harte ya estaría muerta a la mañana siguiente.

Tal vez debería sentirse peor al respecto, pero le había prometido que cuidaría a la mujer y que la haría sentir cómoda, no que la salvaría. Después de todo, Cela era una costurera, no hacía milagros, y la madre de Harte—Molly O’Doherty, la había llamado— ya no podía ser salvada. Cualquiera podía verlo.

De todos modos, la mujer—sin importar la vida reprochable que haya vivido o cuánto apestará— merecía un poco de comodidad en sus momentos finales. Cela tomó el recipiente con agua limpia y cálida que había bajado con ella. Con gentileza, le limpió la frente y la saliva seca que bordeaba su boca. La mujer ni siquiera se inmutó.

Cuando Cela estaba terminando de limpiarla tanto como podía sin molestarla, escuchó pasos en la cima de las escaleras de madera.

—¿Cela?—era Abel, su hermano mayor, quien no debería estar en casa todavía. Trabajaba como maletero para los trenes de New York Central Line y debería estar volviendo desde Chicago y no llamándola desde el pie de la escalera.

—Abe, ¿eres tú? —gritó, poniéndose de pie y sacándose el cabello del rostro. La humedad del sótano definitivamente estaba haciendo que se le rizara el cabello alrededor de la sien—. Pensé que tu tren volvía mañana.

—Cambié un turno con alguien —escuchó que comenzaba a bajar por las escaleras—. ¿Qué estás haciendo allá abajo?

—Estoy subiendo —tomó un frasco con duraznos como excusa para estar en el sótano y comenzó a subir antes de que su hermano pudiera seguir avanzando—. Estaba buscando algo de fruta para la cena de hoy.

Sobre ella, Abe seguía vestido con su uniforme. Sus ojos estaban marcados por la fatiga, probablemente por haber hecho dos turnos seguidos para volver a casa, pero le estaba sonriendo con la sonrisa de su padre.

Abel Johnson padre había sido un hombre alto y enjuto con la contextura física de alguien que utilizaba las manos como medio para ganarse la vida. Había sido asesinado en el verano del 1900 cuando estallaron revueltas en la ciudad después del arresto de Arthur Harris por haber apuñalado a un hombre que resultó ser un policía de civil. Su padre no había tenido nada que ver con el asunto, pero eso no impidió que fuera envuelto en el odio y la furia que se había instalado en la ciudad en esos meses complicados.

Algunos días, Cela pensaba que apenas podía recordar la voz de su padre o el sonido de su risa, era como si él ya se estuviera desvaneciendo de su memoria. Ayudaba que Abe llevara la sonrisa de su padre casi todos los días.

En momentos como este, le sorprendía cuánto se parecía

su hermano a su padre. Misma altura y contextura. Misma frente alta y mentón cuadrado. Misma líneas de preocupación y cansancio grabadas en su rostro demasiado joven por las largas horas de trabajo en el ferrocarril. Pero no era *exactamente* la viva imagen de su tocayo. Sus ojos hundidos de color castaño cálido con salpicaduras doradas, y los tonos rojizos de su piel, eran rasgos de su madre. La piel de Cela era un tono más oscuro, más parecido al marrón pulido de su padre.

El rostro de Abel se iluminó ante la mención de comida.

—¿Estás preparándome algo sabroso?

Ella frunció el ceño. Había estado tan ocupada cuidando de la vieja que no fue al mercado, no tenía nada excepto el frasco de duraznos en su mano.

—Considerando que no te esperaba hasta mañana a la noche, tendrás que conformarte con avena y duraznos, lo mismo que planeaba cenar yo.

Su rostro se desmoronó y lucía tan triste que tuvo que contener la risa. Tomó su falda y subió unos escalones más.

—Oh, no pongas esa...

Antes de que pudiera terminar la oración, escucharon un leve alarido proveniente de la oscuridad del sótano. Abe se petrificó.

—¿Escuchaste eso?

—¿Qué? —preguntó Cela, maldiciéndose a sí misma y a la vieja—. No oí nada en absoluto —subió otro escalón hasta donde Abel la estaba esperando. Pero la vieja estúpida soltó otro alarido, que arrugó el rostro de Abel. Cela pretendió no haberlo escuchado.

»Ya sabes cómo es este viejo edificio... probablemente sea una rata o algo así.

Abel comenzó a bajar por la escalera angosta.

—Las ratas no hacen ese tipo de ruido.

—Abe —lo llamó, pero su hermano ya tenía la lámpara en la mano y pasó junto a ella. Cerró los ojos y esperó el exabrupto inevitable. Cuando lo escuchó se dio un momento a ella misma, y a Abel, antes de volver a descender trabajosamente al sótano.

—Cela, ¿qué demonios está sucediendo? —preguntó en cucullas inclinado sobre la mujer en la esquina. El material de su uniforme azul marino estaba tirante en sus hombros y tenía la nariz escondida en su camisa. No podía culparlo, la mujer apesataba. No había cómo combatir el olor.

—No es necesario que te preocupes —le respondió, cruzándose de brazos. Tal vez fue una decisión estúpida ayudar al mago, pero había sido *su* decisión. Por más que Abe pensara que era su deber continuar donde había dejado su padre, Cela ya no era una niña. No necesitaba que su hermano aprobara cada pequeña cosa que hacía, especialmente cuando ni siquiera estaba con ella cinco de los siete días de la semana.

—¿No es necesario que me preocupe? —preguntó con incredulidad—. Hay una mujer blanca inconsciente en mi sótano y ¿no necesito *preocuparme*? ¿En qué te has metido ahora?

—Es *nuestro* sótano —le respondió, enfatizando la palabra. Sus padres se lo habían dejado a *ambos*—. Y no me he metido en nada. Estoy ayudando a un amigo —respondió con los hombros tensos.

—¿Ella es tu amiga? —el rostro de Abe se tiñó de escepticismo.

—No. Le prometí a un amigo que la mantendría cómoda



hasta que —pero, de algún modo, parecía incorrecto nombrar a la Muerte cuando estaba sentada en la habitación con ellos—. Tampoco le queda mucho tiempo.

—Eso no ayuda en nada, Cela. ¿Sabes lo que nos pasaría si alguien descubriera que estuvo aquí? —inquirió Abel—. ¿Cómo se supone que expliquemos que una mujer blanca murió en nuestro sótano? Podríamos perder este edificio. Podríamos perderlo *todo*.

—Nadie sabe que está aquí —replicó Cela a pesar de que se retorció por dentro. ¿*Por qué* había accedido a esto? Deseaba poder volver el tiempo atrás y darse una buena abofeteada por siquiera considerar ayudar a Harte—. Tú y yo somos los únicos que tienen la llave del sótano. Ninguno de los inquilinos de arriba sabe algo sobre esto. No *necesitan* saber nada. Ella se habrá ido antes de que termine la noche y luego no tendrás que preocuparte al respecto. Se suponía que no estarías en casa —le dijo, como si eso hiciera alguna diferencia en absoluto.

—Así que ¿sí estabas actuando a mis espaldas?

—También es mi casa —replicó Cela, poniendo sus hombros firmes—. Y no soy una completa idiota. Me compensaron por mis inconvenientes.

—Te compensaron —replicó con desconfianza en su voz.

Cela le contó del anillo que había cocido a su falda. El engarce tenía una gema transparente gigante, probablemente costaba una fortuna.

Abel sacudía la cabeza.

—Simplemente, irás a una joyería elegante en el East Side y lo venderás, ¿no?

A Cela se le revolvió el estómago. Tenía razón. *¿Cómo no pensé en eso?* No había forma de que pudiera vender ese anillo sin levantar sospechas, pero no lo admitiría en ese momento en particular.

—Es una garantía. Solo eso.

—Este edificio es una garantía —le respondió Abel, levantando sus ojos como si pudiera ver a través del techo sobre su cabeza el primer piso, dónde ellos vivían. Del segundo piso, que alquilaba la familia Brown, hasta el ático, que tenía una fila de catres que rentaban a hombres con poca suerte en pleno invierno—. Una garantía es lo que nos dieron nuestros padres cuando nos dejaron *esto*.

No estaba equivocado. Su casa había sido comprada con el trabajo duro de su padre. Significaba que nadie podía rechazarlos o aumentarles la renta por el color de su piel. Es más, era un testimonio diario de que su madre había hecho una buena elección, a pesar de lo que pensaba su familia.

La mujer soltó otro alarido, su respiración era agitada, era como si la Muerte misma estuviera arrancando el aire de su pecho. El sonido transmitía tanta desolación y soledad que Cela no pudo evitar inclinarse hacia ella.

—Cela, ¿al menos estás escuchándome? —preguntó Abel.

De algún modo, la piel de la mujer empalideció aún más. Sus ojos estaban apagados, sin vida. Cela extendió su mano con indecisión, tocó la mano fría de la mujer y la unió con la suya. Las puntas de los dedos debajo de sus uñas ya estaban azules.

—Está muriéndose, Abe. Este es su momento y, sin importar los errores que pude llegar a haber cometido al traerla aquí, no

dejaré a una mujer moribunda sola, sin importar lo que es o lo que no es —Cela levantó la vista hasta su hermano—. ¿Tú sí?

La frustración se incrementó en su rostro, pero un momento después cerró los ojos y sus hombros se relajaron.

—No, Conejita —dijo suavemente, llamándola por su apodo de la infancia—. Supongo que no —volvió a abrir los ojos—. ¿Cuánto tiempo crees que le queda?

Cela miró a la frágil mujer y frunció el ceño. No estaba completamente segura. Cuando su madre había fallecido por tuberculosis cinco años atrás, Cela tenía apenas doce años. Su padre la había mantenido alejada de la habitación de la enferma hasta los últimos momentos, intentando protegerla. Siempre había intentado proteger a todos.

—¿No puedes oír el estertor de la muerte? Le quedan horas tal vez minutos. No lo sé, pero no mucho más —porque el sonido en la garganta de la vieja era lo único que sí recordaba de ver a su mamá morir. Ese sonido escurridizo, parecido a una gárgara, que no se parecía en nada a la alegre risa de su madre—. Se habrá ido antes de que termine la noche.

—¿Qué haremos cuando al fin muera? —preguntó Abel después de observarla por un largo rato. Juntos esperaban el momento en que el pecho de la mujer dejara de subir y bajar—. No podemos llamar a alguien precisamente.

—Cuando se vaya, esperaremos hasta la noche profunda y luego la llevaremos a St. Johns en Christopher Street —dijo Cela, sin entender de dónde vino el impulso. Pero cuando las palabras salieron de su boca, se sintió segura de que eran acertadas—. Ellos se ocuparán desde allí.

Abel negó con la cabeza, pero no discutió. Cela podía darse cuenta de que su hermano estaba intentando pensar en una mejor opción cuando escucharon unos fuertes golpes que provenían del piso de arriba.

Los ojos oscuros de Abel encontraron los de ella en la luz intermitente de la lámpara. Ya eran más de las diez, demasiado tarde para una visita social.

—Alguien está aquí —dijo como si Cela no se hubiera dado cuenta sola. Pero su voz cargaba la misma preocupación que ella sentía.

—Tal vez es alguien que quiere rentar la cama por la noche —le respondió.

—El clima es demasiado agradable para eso —dijo casi para sí mismo mientras miraba hacia el techo. Volvieron a golpear la puerta con más fuerza y urgencia que antes.

—No le des importancia —le dijo—. Se irán en algún momento. Pero Abel negó con la cabeza. Sus ojos estaban arrugados.

—Espera aquí y yo iré a ver qué quieren.

—Abe...

Nunca escuchó, pensó al mismo tiempo que su hermano desaparecía en la oscuridad de la escalera que llevaba al apartamento de arriba. Por lo menos le había dejado la lámpara.

Cela esperó mientras las pisadas de Abe atravesaron el piso sobre ella. Los golpes a la puerta se detuvieron y apenas podía escuchar las voces de hombres hablando en voz baja.

Luego, las voces se transformaron en gritos.

El repentino sonido de un forcejeo puso a Cela de pie. Pero antes de que pudiera dar siquiera un paso, el chasquido de un

arma partió el silencio de la noche y el golpe seco de un cuerpo cayendo al suelo le quitó el aire de los pulmones.

*No.*

Ahora había más pisadas sobre ella. Eran pesadas como las botas que las hacían. Había hombres en su casa. En *su* casa.

*Abel.*

Comenzó a subir las escaleras, desesperada por llegar hasta su hermano, pero algo en ella se activó. Una urgencia primitiva que no podía entender ni resistir. Era como si sus pies hubieran echado raíces.

Tenía que llegar hasta su hermano. Pero *no podía moverse*.

Los periódicos habían estado repletos con noticias de las patrullas que estaban escudriñando la ciudad, saqueando hogares privados y prendiéndolos fuego. Los incendios se habían concentrado en la zona de inmigrantes cerca del Bowery. Las calles al oeste de Greenwich Village, donde su padre había comprado el edificio donde vivían, no habían sido perturbadas. Pero Cela sabía cuán rápido podían cambiar las cosas y entendía que la seguridad de la semana pasada no significaba nada hoy.

Había hombres en su casa.

Podía escuchar sus voces, podía sentir las vibraciones de sus pisadas esparciéndose como si estuvieran revisando las habitaciones de arriba. *¿Nos están robando? ¿Están buscando algo?*

*Abe.*

A Cela no le importaba particularmente lo que estuvieran haciendo. Solo necesitaba asegurarse de que Abel estaba bien. Necesitaba subir las escaleras, pero su voluntad no parecía seguir respondiéndole a ella.

Sin saber por qué lo hizo o qué la impulsó, le dio la espalda a las escaleras que llevaban hacia la casa que sus padres habían comprado diez años atrás con su trabajo duro y fue hasta la mujer blanca, ahora claramente sin vida. Con las yemas de sus dedos, Cela cerró los ojos de la mujer recién fallecida, diciendo una corta plegaria por el alma de ambas y luego trepó la corta rampa del conducto para carbón.

Abrió las puertas de un empujón y ascendió hasta la fría frescura de la noche. Sus pies se estaban moviendo antes de que pudiera detenerse. Antes de que pudiera pensar *Abe* o *no* o cualquiera de las cosas que *debería* estar pensando. No podría haber impedido que su cuerpo comenzara a correr por más que lo hubiera intentado. Ya había doblado en la esquina y estaba fuera de vista cuando las llamas comenzaron a flamear desde las ventanas del único hogar que había conocido.